

dicando á un auditorio de animales inmundos, y luego al fondo de la composicion, ya de vuelta á su hogar, descansando en los brazos de una sirvienta á quien mira y acaricia con muestras de torpe apetito.

La supresion de las órdenes religiosas y el decreto sobre los bienes del clero dieron márgen á muchas caricaturas: fué la más notable la titulada *Solemne entierro del muy alto, poderoso y magnífico señor Clero de Francia*: la muerte guía el carro fúnebre que va ocupado por monjas y amas de cura; hombres del pueblo llevan del diestro los caballos y en derredor del vehículo marcha silencioso y á pié el largo séquito de prelados, presbíteros y frailes que componen el duelo; á lo léjos se alza la soberbia fábrica de Nuestra Señora, por cuyas puertas sale aun parte de la comitiva.

Dice Chempfleury que ciertas medianías de la Revolucion no serian conocidas á no haberlas ridiculizado la caricatura; mucho ha contribuido ciertamente á dar importancia y renombre á entidades que necesitaban mucha ayuda para salir de la nada y dejar su nombre en la historia. Mirabeau el menor, que sólo el nombre tenia de notable, D'Espréménil cuya caustica mordacidad tanto exasperaba á los revolucionarios, y el abate Maury, incansable y furibundo reaccionario, fueron por largo tiempo blanco de los tiros de la caricatura y las canciones y coplas populares: ya les representaba vomitando sierpes ó socavando el pedestal de la estatua de la Justicia, recibiendo dinero de la nobleza y la córte, ó luchando á brazo partido con la buena fe y la razon; en uno de los dibujos de que fueron objeto, se ve á Maury y al vizconde de Mirabeau haciendo cuerdas con ayuda del diablo, en tanto que D'Espréménil está ya ahorcado de un farol; la inscripcion dice: *tejen su dogal, ya les falta poco*.

La supresion de los títulos nobiliarios produjo una gran cantidad de estampas cómicas, pero ninguna entre ellas es digna de particular mencion: nobles que lloran la pérdida de sus pergaminos, patriotas que bailan en torno de hogueras formadas con escudos y blasones, matronas que barren los atributos de la gloria heredada; y caprichos análogos forman la larga série de burlas que hubieron de sufrir los desposeidos.

Uno de los grandes yerros cometidos por el partido realista, y tal vez la causa determinante de la muerte de Luis XVI, fué la

emigracion de la nobleza: si esta se hubiera limitado á salir de Francia y esperar tranquilamente el desenlace del tremendo drama social de que París era principal teatro, habia evitado muchos de los desórdenes á que los exaltados se entregaron; pero los cortesanos que huyeron de su patria para ponerse al servicio de monarcas extranjeros, amenazando constantemente la independenciam y la integridad del suelo en que habian nacido, precipitaron con su irreflexion y su falta de patriotismo el acaecimiento de sucesos sangrientos, manchas que empañan las más brillantes páginas de aquella colosal Revolucion.

La nobleza, enveiciada por la ociosidad y corrompida por el lujo, no podia aparecer como muy temible á los ojos de los ciudadanos que iban poco á poco rescatando sus derechos de manos de los opresores; la caricatura se cebó en ella y entregó al ridículo sus vanos alardes de fuerza, sus amenazas y sus gritos. *El gran ejército del príncipe de Condé*, lámina en que éste aparece llevado en triunfo por sus secuaces, y sus tropas reducidas á una caja de soldados para divertir niños; y la *Llegada del correo*, son dos de las caricaturas más notables á que dió vida la emigracion: en este último grabado, vários señores, vestidos con descomunales casacones y elevados tricorrios, léen y comentan los periódicos llegados de París, horrorizándose ante la nueva de los progresos de los *sans-culottes*: otros dibujos presentaban el estado mayor de los ejércitos realistas, haciendo figurar á la princesa de Polignac como cantinera, á madama de Lamotte como *ayuda de cámara* del cardenal Rohan y á Mirabeau como proveedor de vino.

Mientras Luis XVI y María Antonieta pudieron tener ocultas sus maquinaciones é intrigas contra la Revolucion la caricatura les respetó y no fueron objeto de sus burlas; pero desde el momento que la fracasada fuga de la familia real y su prision en Varennes pusieron de manifiesto su mala fe y la doblez de sus palabras, al par que los libelos impresos, aparecieron los dibujos impregnados de la rudeza más franca y el resentimiento más sincero. Los caudillos revolucionarios habian podido ya sospechar de la conformidad del Rey, á aceptar los hechos consumados y los que habian de suceder como consecuencia de ellos; pero las grandes masas, la inmensa mayoría del pueblo, no dudaba de la sinceridad de Luis. Así, cuando su fuga hizo ver clara su actitud, no hubo injuria, insulto,

acusación ni calumnia que no pareciese merecida. Entonces la caricatura dió al Rey el aspecto del carnero, y vistió á la reina como vestían las prostitutas; la representó rodeada de sus compañeros de orgías y festines, la llamó *la austriaca, la extranjera*, y Francia toda, vió en aquella mujer la instigadora de la invasión que amenazaba el país; cuando el pueblo supo que ella era la que llamaba á los austriacos y demandaba el socorro de alemanes, sardos, suizos y españoles para que restablecieran el poder absoluto, no hubo crimen que no se la imputase. De aquellos días datan las caricaturas y las estampas precursoras del terror, los grabados que piden y respiran sangre; un dibujo inglés nos pinta á la *Asamblea petrificada*, al saber la huida del rey, otro representa á éste comiendo verazmente en el momento de ser preso; otro figura á *Luis, el falso é infame*, caído á los pies del busto de Voltaire. Entonces aparece también el dibujo más terrible que se publicó en aquella época; el *Calvario de la monarquía*. Luis XVI, el duque de Orleans y el conde de Artois, clavado cada uno en una cruz: la reina clamando venganza, madama de Polignac y el príncipe de Condé, disponiéndose á huir á la frontera de Austria, Robespierre á caballo en un cura, humedeciendo con la Constitución hecha esponja los labios del monarca y Marat, hiriéndole con saña en el costado izquierdo (1).

En otra caricatura del mismo estilo, y á juzgar por su dibujo de la misma mano, Luis XVI, que duerme en su prision vé en sueños la guillotina alzada y al verdugo dispuesto á decapitarle.

*En la traslación al Temple, un sansculotte conduce á su prision á toda la familia real; el rey convertido en toro, la reina en mona y los príncipes en lobeznos* (2).

Hecha abstracción de las de los miembros de la dinastía, las caricaturas personales de aquel tiempo son raras: los ídolos del pueblo, el gran Danton, Robespierre, el sanguinario y enfermizo Marat, y el inmundo Maillard, no pudieron ser causa ni motivo de

(1) Existen variantes de este importante dibujo: en el que reproduce Champfleury no aparece Marat, Robespierre monta sobre la Constitución, y al pié de la cruz del rey aparecen las tablas de la ley convertidas en listas de proscripción: nuestra descripción se adapta al ejemplar que hemos visto en la Biblioteca Nacional de París.

(2) La reproducción que de este dibujo ofrece Champfleury dió también de las que existen en la citada Biblioteca.

burlas y sátiras. Mientras Danton y Robespierre vivieron fueron temidos, á su muerte, objeto de lástima para unos, de rencor para otros, para nadie de risa. En cuanto á Marat, era un personaje demasiado sombrío para ser ridiculizado: la reacción misma no le hizo una sola caricatura, y arrojó sus restos á un estereolero. No merecía ménos el hombre que, á ser esto posible, hubiera deshonrado la revolución.

Antes de ver cómo fué ésta juzgada por los caricaturistas extranjeros, digamos algo de tres hombres dignos de ocupar un momento nuestra atención, como ocuparon la de sus contemporáneos.

Santiago Boyer-Brun, periodista monárquico-católico, y autor de la *Historia de las caricaturas de la insurrección de los franceses*, el grabador Villeneuve y el arquitecto Palloy, fueron tres de esas figuras que en épocas turbulentas gozan un día de popularidad para morir luego en el olvido. Boyer fué el primero que comprendió la importancia de la sátira dibujada pero, juzgándola equivocadamente, sólo la consideró como enjendradora de males; atribuyó á los protestantes las ideas revolucionarias que habían trastornado el país haciendo vacilar el trono y el altar, y como las caricaturas que por entonces se publicaban iban dirigidas contra la religión y la monarquía, mantúvose más firme cada vez en la creencia de que los sectarios de Lutero eran causa de las desdichas de Francia. Sus ideas respecto á los dibujos epigramáticos, son las que naturalmente debía abrigar un realista ante el espectáculo que la caricatura ofrecía, ensañándose más y más cada día con los poderes históricos á medida que éstos se colocaban en abierta hostilidad con el nuevo ideal de la soberanía popular; abrigando la esperanza de que la que él llamó *insurrección* duraría poco, exclamaba en su citado libro, "extendamos un velo sobre estos sacrílegos horrores; dentro de poco, Francia se avergonzará de haberlos tolerado:" dudó entre condenar al olvido aquellos dibujos ó entregarlos á la execración pública, y optó por lo segundo, reproduciendo y comentando algunos de los que lo parecieron más censurables. Cuando después de la prision de la familia real en Varennes, corrió por París el rumor de que el rey intentaba fugarse de nuevo, y las caricaturas le representaron ensayando medios de evasión, Boyer no pudo contener su indignación contra aquellos que con tal motivo "trataban de robar al monarca el cariño y la

consideracion de su pueblo." Pero su manía constante fué la de atribuir todas las caricaturas ateas y republicanas á los protestantes, á quienes supuso autores, no solo de las publicadas en su tiempo, sino tambien de todas las producidas hasta entonces; "han ridiculizado, decia, á Luis el Grande, á madama de Maintenon, á Louvois, á Bossuet, y ahora hacen lo mismo con el benéfico Luis XVI." Desde las columnas del *Diario general de Francia* y el *Diario del Pueblo Francés*, sostuvo valerosamente las prerogativas del trono, defendió al clero y la nobleza, quemó su último cartucho en defensa de lo pasado, y murió en la guillotina durante el Terror; sincero adversario de la revolucion, su memoria debe ser respetada, su buena fé disculpa sus errores.

Villeneuve fué el Maillard de la caricatura: nada más repugnante y sanguinario que sus composiciones. Champfleury dice que dibujó tantas cabezas cortadas como pidió Marat.

Publicó una *Coleccion de las caricaturas hechas sobre la Revolucion francesa de 1789*, que no se encuentra en ninguna Biblioteca, y de cuya terminacion dudan muchos, y editó él mismo sus grabados, vendiéndolos á bajo precio para que circularan mucho: los epígrafes y títulos con que los designaba eran tan brutales como la idea que los inspiraba. La mano del pueblo enseñando á Luis XVI la guillotina, la entrada de la familia real en los infiernos, y María Antonieta entregada á pasatiempos nada honestos son sus asuntos favoritos. Poco antes de morir se dedicó á grabar viñetas para devocionario y retratos de Luis XVIII, nuevo ejemplo de que ninguna exageracion vive mucho en el cerebro humano.

Francisco Palloy ó Bruto-Palloy, el patriota Palloy, como él firmaba, fué uno de aquellos hombres á quienes redime del olvido una idea original, hija muchas veces del deseo de popularidad; se empeñó en ser popular, y lo fué. Cuando se acordó demoler la Bastilla, Palloy fué encargado de la ejecucion del decreto que mandaba arrasar aquella odiada fortaleza, último asilo de la tiranía real, y como queriendo que se conservase vivo en el pueblo el horror á lo arbitrario, mandó esculpir bustos de la Razon y la Libertad con las piedras de aquel edificio, acuñó medallas con el plomo de las cañerías, y con las cadenas, *forjó con los hierros del despotismo las espadas de la libertad* que regaló á los miembros de la Convencion y áun al Rey mismo. Su casa era el centro de reunion de los más

exaltados, y en ella se componian coplas y versos que él mismo editaba y vendia, haciéndolos cantar en coro á sus operarios cuando á su frente se presentaba en las solemnidades patrióticas: estas composiciones iban siempre encabezadas con una viñeta satírica y rara vez obscena ó grosera. Palloy, como muchos de los que al principio fueron mirados como ardientes patriotas, llegó á ser visto como reaccionario y acusado; absuelto por mediacion de una mujer ocupó los últimos dias de su vida en dedicar sucesivamente composiciones á Napoleón, á Luis XVIII y Luis Felipe, hasta que murió olvidado en un rincón de Francia.

Veamos ahora como juzgaron á la revolucion los caricaturistas extranjeros, ó mejor dicho, los ingleses, únicos que se ocuparon de ella.

Gillray la hizo constante objeto de sus sátiras: en su grabado la *Importacion del mal*, vemos á un hombre ocupado en redactar un *Tratado sobre las ventajas del ateismo y la anarquía*; sobre su mesa de trabajo tiene libros de títulos semejantes: el *Elogio del Terror*, las *Reflexiones sobre la revolucion de Francia*, los *Malos efectos del orden social*, etc.; los cuadros que adornan la estancia son la muerte de Carlos I y el apoteosis de Cromwell.

Otra stampa de Gillray nos muestra á Marat degollando á la Virtud y pisoteando la Clemencia, Luis XVI y la Reina nos aparecen como mártires del bien público, los *sans culottes* como demonios que se desgarran y se disputan los pedazos del corazón de la patria.

Roudlandson trató á la Revolucion con igual parcialidad que su compatriota; sus dibujos están inspirados por iguales sentimientos; describirlos seria casi repetir los de Gillray.

Cuando debilitada Francia por las luchas de los partidos se echó en brazos de la dictadura el número de caricaturas disminuyó considerablemente, y aquella triple personalidad del general Bonaparte, el Primer Cónsul y Napoleon, no fué en Francia objeto de burlas: odiado por unos, querido de otros, nadie pensó en ridiculizarle, sino en derribarle ó sostenerle. Mientras se llamó Bonaparte, fué el ídolo del pueblo, cuando Primer Cónsul, aunque ya aborrecible para muchos, tenía suficiente poder para que nadie se le atreviese, y cuando emperador, ¿quién hubiera osado luchar con él? La restauracion le llamó usurpador, maldijo su nombre y su memo-

nes; respecto de la Edad Media; los obstáculos disminuyen como hemos visto, considerablemente, al tratar de Francia y de Inglaterra, despues de consolidada su nacionalidad. Pero al ocuparnos de nuestra propia pátria, al tratar de inquirir el nacimiento y desarrollo de la caricatura en España, las dificultades aumentan. Nuestras condiciones de carácter primero, nuestra historia despues, explican satisfactoriamente la excasez, ya que no la falta absoluta de trabajos cómicos en las artes del diseño.

Durante la Edad Media, el arte español fué, poco más ó ménos, lo que el arte de todo el resto de Europa. La arquitectura compendia y resume todo lo que en aquellos tiempos se produjo: la catedral encierra y guarda todas las manifestaciones del ideal artístico de entonces. La cultura estaba todavía limitada á aquellas estatuas de rigidez bizantina, incorrectas, pesadas, severas, casi lúgubres por el lugar que ocupaban, la pintura era aún un simple medio decorativo ó un auxiliar de la explotacion del sentimiento religioso. Nuestros templos apenas ofrecen alguna escultura de carácter cómico, de todo punto análoga á las que hemos citado al ocuparnos de la caricatura francesa en igual época.

Una vez constituida la unidad nacional que es precisamente cuando la pintura empieza á producir entre nosotros artistas de mérito, como Antonio del Rincon por ejemplo, parece que debía aparecer tambien la caricatura y sin embargo no es así. La política y las costumbres españolas de aquellas épocas lo impidieron.

La sátira se produce en las sociedades decadentes, cuando la vida pública y la vida privada presentan blanco á los ataques de la ironía y del sarcasmo, no cuando como al fundirse en una las coronas de los antiguos reinos españoles dan los pueblos muestras inequívocas de su cultura y su progreso.

En aquellos tiempos en que un fraile como Cisneros fundaba su ideal político en la union estrecha del trono con el pueblo, en el hermoso maridaje de la autoridad y la libertad, cuando ese mismo hombre fundaba Universidades en que por el estudio y la instruccion pudiera el estado llano llegar á conseguir su emancipacion completa; cuando una reina arrancaba las piedras de su corona para darlas á cambio de la promesa de un mundo que los sábios tenían por imaginario y soñado; cuando un pueblo entero, finalmente, terminaba despues de ocho siglos de batalla la obra de su

nacionalidad, y se lanzaba con la espada en una mano y la cruz en la otra, signo entonces todavía de la civilizacion y del progreso, á la conquista de las nuevas tierras, ¿cómo habia de tener importancia ni aun de aparecer siquiera la sátira?

En aquella política de Fernando V de Aragon, cuyo resultado fué provechoso á la pátria, en la reconquista de Granada, en el descubrimiento de América, en la toma de Orán, en la regencia de Cisneros y en su resistencia á la invasion de los magnates flamencos, en la conducta y la vida de aquella Isabel primera, que murió por ser pequeño el mundo á la grandeza de su alma, ¿qué artista podía beber la triste inspiracion que constituye el fondo de la sátira y la caricatura?

Cuando, más tarde, la dinastía austriaca erigió la fuerza en sistema de Gobierno, cuando las Cortes callaron, ó mejor dicho, se las hizo enmudecer, y la pobreza y la intolerancia quedaron triunfantes del trabajo y de la libertad; cuando la Inquisicion ahogó en el humo de sus criminales hogueras todo lo grande y todo lo bueno que España pudo producir ¿cómo habia de aparecer tampoco el sentimiento cómico? Mientras fuimos en Europa los caudillos del catolicismo contra la Reforma y los campeones del poder absoluto contra la libertad municipal; mientras por conquistar lo ajeno llegamos á perder lo propio, ¿qué más caricatura que nosotros mismos? Y en aquellos tiempos, todavía más desdichados en que un pobre imbécil regía los destinos de España, ¿quién podia esgrimir el ridículo contra su propia pátria?

Si la caricatura no pudo atreverse con el emperador que renovó los sangrientos sueños de dominacion universal, ni con el infame hijo que heredó su trono, no debió hacerlo tampoco con aquel Felipe III y aquel Felipe IV que vivieron confiados en sus favoritos y se dejaron poco á poco arrancar á girones el manto real de los hombros débiles para carga tan gloriosa. A culpas tales, es pequeño castigo la sátira; mejor les cuadra la maldicion de la pátria y la severidad de la historia.

Explícate por tanto fácilmente la falta de dibujos satíricos producidos en los reinados de aquellos monarcas. Si algun epigrama dibujado corrió de mano en mano entre los grupos de paseantes que acudían al Prado de San Geronimo ó al Mentidero de las gradase de San Felipe, fué seguramente con grandes precauciones, pues todos sabian

que una sátira contra el favorito ó el monarca, que una burla hecha de la querida del privado ó del valido de la reina, podían atraer sobre su autor un encierro análogo al que, en San Marcos de Leon, sufrió el gran don Francisco de Quevedo. Los débiles, siempre tiránicos, no toleraban la crítica de sus infamias y sus vicios. Quizá hubo en aquellos días en que el sol de la grandeza española estaba en los últimos momentos de su ocaso un artista que manejara el lápiz esgrimiendo la sátira contra la sociedad en que vivía, pero seguramente sus obras no han llegado hasta nosotros. Tal vez alguno de aquellos pintores que vivieron asalariados lo mismo para pintar martirios de santos en los templos que para decorar los salones del Buen Retiro, tal vez alguno de los que dejaban el lienzo de una Purísima por un retrato de la Calderona, trazara tomándolos del natural los rasgos de aquella corte compuesta de mendigos, ladrones, palaciegos, frailes, buseonas, damas y galanes, pero sus trabajos han desaparecido sin que por eso haya ganado la memoria de aquel tiempo. Indudablemente lo mismo bajo Felipe II que bajo el conde-duque de Olivares hubiera sido terriblemente perseguido quien se atreviera á hacer escarnio y burla de la magestad real. Si acaso se hicieron caricaturas, circularon tímidamente, con grandes precauciones, y fueron destruidas quizá por sus mismos autores. A pesar de todo, y ya que no el original mismo, ha llegado hasta estos días la descripción de tres ó cuatro dibujos del género que nos ocupa, y de los que se hace mención en escritos más ó menos importantes. Pellicer, por ejemplo, dice en sus *avisos*: "de Roma ha llegado un pasquín que es un león pintado, que de la nariz le salen tres flores de lis y á la cola unas abejas: á la crin de la parte derecha atado un hombre, y á la izquierda una mujer, y más adelante un hombre enjugándose los ojos con un lienzo, y esta décima:

Desde la cueva española  
 el león con su nariz  
 marchita flores de lis,  
 rinde moscas con la cola.  
 Y con una hebra sola  
 de las muchas de su crin,  
 rinde á Saboya en Turin,  
 y sin hacer otra arma  
 Miserere canta en Parma  
 y Holanda llora su fin."

En un bosquejo de la época de Felipe IV, rápida pero magistralmente trazado por don Angel Fernandez de los Rios en su preciosa *Guía de Madrid*, dice que abundaban las caricaturas, los versos y los pasquines. Una de aquellas representaba á Olivares teniendo una mula por las orejas y al rey herrándola; el conde le decía: "Hierre V. M." y él respondía "Harto herrada está, no puedo mas." Lo que no puede es expresarse más clara ni enérgicamente la errada política de aquel tiempo. Otra representaba á España enferma y á la cabeza tomándola el pulso un médico recetando y diciendo: "No hay más remedio que tomar el acero" idea, continua el Sr. Fernandez de los Rios, que también se tradujo en la siguiente copla:

—¿Que tienes, España?—Muero:  
 Tanta evacuacion me apura.  
 —Pues errarante la cura  
 Si no tomas el acero.

El mismo publicista demócrata que acabamos de citar dice hablando del palacio antiguo de Madrid. "En sus paredes se fijaban significativos pasquines... En uno estaban pintados la Reina y Valenzuela: éste tenía á los piés las insignias de todos los empleos, condecoraciones y honores, como capelos de cardenal, mitras, toisones, bandas, cruces, coronas de títulos y áncoras de almirante; encima decía: "*Esto se vende*"; de la boca de la Reyna, que apoyaba la mano sobre el corazón, salían las palabras: "*Esto se dá*". Indudablemente quien dibujó esta escena haría lo mismo con otras análogas, y tal vez de su misma mano sea un dibujo en que España aparece bajo la forma de un león estenuado y empobrecido á quien el Conde-Duque, ya hinchado de orgullo y los bolsillos llenos de oro, chupa la poca sangre que le queda en el enflaquecido cuerpo.

En verdad que la época, si no bajo el punto de vista político, porque nunca las desgracias de un gran pueblo pueden ser motivo de risa, bajo su aspecto puramente social, se prestaba mucho al ridículo: las costumbres, las preocupaciones, la superstición, la ignorancia, la vida toda, podía ser objeto de la caricatura; los reyes pasaban el día de caza y la noche de aventuras, mientras los favoritos mal gobernaban á su capricho la monarquía, perdiendo hoy una provincia, mañana un reino, y representando todos